

EL MUNDO CULTURAL DE LOS AÑOS 20 A TRAVÉS DE LAS CARTAS DE LAS ESCRITORAS

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

Los epistolarios son una fuente de gran valor para conocer los contextos de la historia de la literatura. Desde hace ya tiempo se vienen publicando cartas de los miembros de la Generación del 27: entre ellas, son especialmente notables las de Salinas, gran defensor del género, pero son asimismo de gran valor los epistolarios de Aleixandre, Alberti, Cernuda, Lorca... Sin embargo, apenas hay impresas algunas cartas sueltas de mujeres que fueran escritas en la época anterior a la guerra. Por eso, el epistolario entre Ernestina de Champourcin y Carmen Conde tiene un valor especial, porque añade una perspectiva nueva a lo que conocemos de aquellos años. Este epistolario recoge alrededor de 160 cartas, escritas sobre todo entre 1928 y 1932. No se conservan todas las cartas cruzadas entre ambas porque Ernestina, en su viaje al exilio, perdió la mayor parte de sus libros y papeles. Pero Carmen Conde sí que pudo guardar escrupulosamente las cartas que recibió durante toda su vida. Por eso, la mayoría de las citas de esta ponencia pertenecen a las misivas escritas por Ernestina de Champourcin, quien a petición de su amiga va a convertirse en cronista del ambiente en el que ella se movía en Madrid.

Creo que es necesario comenzar por una breve presentación de las corresponsales, que nos servirá asimismo para introducirnos en el mundo cultural de los años 20. Ernestina de Champourcin, nacida en 1905, pertenecía al coto relativamente cerrado de la nobleza madrileña. Aunque sintió muy pronto una fuerte afición por la poesía, en aquellos años no se consideraba apropiado —y menos en la alta sociedad— que una mujer escribiera. Sin embargo, en 1923, cuando tenía 18 años, conoció a Huberto Pérez de la Ossa, que era entonces una joven promesa de la literatura española. De hecho, ganó al año siguiente el Premio Nacional de Literatura de novela, al mismo tiempo que Alberti y Diego obtenían el mismo galardón en la rama de poesía. Pérez de la Ossa introdujo a Ernestina en el ámbito intelectual madrileño, que por aquellos años era de tendencia republicana y liberal y acogía favorablemente a las mujeres (aunque no

en calidad de igualdad), y le animó a publicar lo que escribía. Decidió entonces Ernestina enviar sus versos y otros artículos de opinión y crítica literaria a distintas revistas y periódicos. La joven escritora ya no abandonaría el camino intelectual que había emprendido. Su primer libro publicado fue *En silencio...*, de 1926. El poemario recibió muy buena acogida por parte de la crítica, aunque Ernestina decía, y probablemente con razón, que el éxito que tuvo esta obra no se debió tanto a la calidad de sus poemas primeros como al hecho de estar escritos por una mujer.

Por su parte, Carmen Conde había nacido en Cartagena en agosto de 1907. Contaba que le hubiera gustado estudiar una carrera universitaria, pero las necesidades familiares le obligaron a trabajar desde muy joven como Auxiliar en la Sala de Delineación de la Sociedad Española de Construcción Naval. Su ilusión por aprender y el aliento de algunas personas que admiraban sus escritos le llevaron a compatibilizar ese trabajo con los estudios de Magisterio por libre. También Carmen había sentido desde muy joven una fuerte vocación poética. En 1927, fecha de comienzo del epistolario, todavía no había publicado ningún libro, pero sí diversos artículos y colaboraciones en periódicos y revistas. Como en el caso de Ernestina, también es el conocimiento de un muchacho que sí estaba inmerso en el mundo intelectual —Antonio Oliver, con el que acabaría casándose años más tarde— el que le abre las puertas a mayores horizontes. Le anima a enviar a la imprenta *Brocal*, el que sería su primer libro. Mientras tanto, manda algunos de los mejores poemas que componen el libro a distintas revistas madrileñas.

Es en este momento cuando entra en escena Juan Ramón Jiménez, el escritor que más prestigio tuvo en el primer cuarto de siglo. A pesar de que muchas veces se ha utilizado el tópico de la «torre de marfil» para hablar de Juan Ramón, no podría en ningún caso aplicarse a su trato o, al menos, a sus lecturas de otros poetas. Su afán lector y la calidad de su lectura son altísimos. Se trata, además, de un interés sin prejuicios: demostraba la misma curiosidad por todo lo que caía en sus manos. Para un lector tan atento como Guillén, «Juan Ramón representa el poeta que mejor lee, enjuicia y “considera” a los demás. Fuera favorable o desfavorable su crítica, ningún poeta español vivo leía con mayor atención». Y Salinas: «¡Es un fenómeno leyendo, este Juan Ramón!»¹. Lee tanto las revistas madrileñas como las de provincias, las españolas como las extranjeras, los autores célebres como los desconocidos y —este es un dato sorprendente en la época— tanto la poesía escrita por hombres como por mujeres. Lee tanto los libros que le envían Carmen Conde como Ernestina, y se convertirá para ambas —pero especialmente para Ernestina, que podía tratarle con cierta asiduidad en

¹ En Maurer, 1994, pp. 215 y 217.

Madrid— en guía y maestro. Siguiendo sus consejos, la joven escritora irá avanzando en la búsqueda de su propia voz como creadora y se irá formando desde el punto de vista crítico, tanto leyendo los libros que Jiménez le aconseja como escribiendo reseñas y artículos. También Juan Ramón alienta a Carmen a distancia publicando sus versos en las revistas que él dirige. Es a través de una publicación juanramoniana, *Ley, entregas de capricho*, revista literaria que había promovido para impulsar a jóvenes poetas que consideraba de valía, como ambas escritoras entran en contacto.

1. MUJERES QUE ESCRIBEN

Son muchos y variados los aspectos de la sociedad española de los años 20 que aparecen en este epistolario, pero quiero comenzar por aquellos que hacen referencia a la literatura escrita por mujeres. Las escritoras de las que estamos hablando buscan decididamente abrirse paso en el mundo de la literatura precisamente como mujeres. En ese sentido, eran muy conscientes de que apenas había tradición en España que pudieran seguir. Una constatación de este punto la tenemos en el «Torneo poético femenino» que tuvo lugar el miércoles 9 de mayo de 1928 en el Lyceum. En este torneo iban a «participar» todas las escritoras ilustres de la historia de la literatura española, que acaban reduciéndose a cinco o seis y de muy distinta calidad. Así le anuncia Ernestina a Carmen:

... toman parte en él Santa Teresa, sor Juana Inés de la Cruz, Gertrudis Avellaneda, Carolina Coronado, en fin, todas las precursoras y luego... nosotras; es decir, Concha Méndez Cuesta, Rosa Chacel, Josefina de la Torre, Isabel Buendía, Pilar Valderrama, tú y yo (p. 81)².

De entre las que Ernestina nombra «precursoras», la que más admiraron ambas fue Rosalía de Castro. En las cartas puede verse cómo se pasan poemas suyos y su interés por escribir artículos sobre ella, como los que Ernestina publicó en plena guerra civil, en 1938, con ocasión del centenario de la escritora.

Pero así como en España no tenían referentes inmediatos, sí los había en la literatura hispanoamericana. La calidad que en las primeras décadas del siglo había conseguido la poesía femenina en países como Chile o Uruguay era muy llamativa. La relación de la península con los países de habla hispana del otro lado del océano era entonces muy fluida: baste recordar la enorme influencia que había tenido Rubén Darío poco antes. Por otra parte, la madre de Ernestina era

² Ernestina de Champourcin-Carmen Conde. *Epistolario (1927-1995)*, ed. R. Fernández Urtasun. Todas las páginas indicadas entre paréntesis pertenecen a este epistolario.

uruguaya y viajaba con frecuencia a Montevideo. En este contexto, es lógico que en una de las primeras cartas que le escribe, cuando todavía la trata de usted, Ernestina le pregunte a Carmen: «¿conoce usted a Juana de Ibarbourou y Delmira Agustini? Nuestras hermanas de América, más valientes que las españolas, se confían al papel en todo momento» (p. 60).

Los nombres de estas escritoras y muchas otras (María Monvel, Norah Lange, Alfonsina Storni, Dulce María Loynaz, Gabriela Mistral) no sólo serán una referencia constante en las cartas, sino que son pistas que nos indican el origen de algunas de las características de la poesía de Carmen y Ernestina durante esos años. Así se ve, por ejemplo, en las alusiones a Gabriela Mistral, que es para ambas, sin duda, la poeta más importante de todas las hispanas: «Conocí a Gabriela Mistral hace tres años y sus versos me impresionaron mucho, tanto que trascendieron a los míos aún inéditos y balbucientes» (p. 61).

Aunque Mistral es conocida fundamentalmente como poeta, no hay que olvidar el interés que conservó toda su vida por su profesión como educadora, tanto ejerciendo el magisterio en liceos y universidades como impulsando reformas educativas. Esta faceta le llevó a escribir poemas para niños y textos didácticos. Ambos perfiles la relacionan muy estrechamente con Carmen Conde y explican el interés que llevó a la poeta chilena a prologar *Júbilos* (1933), el segundo libro de Carmen, en el que ésta recuerda su infancia. Parece que Ernestina presentía esta afinidad cuando le dice: «Quiero verte enseñando; vas a ser con el tiempo una especie de Gabriela Mistral. ¡Poeta y maestra! Qué bellos resultan esos dos nombres unidos...» (p. 211). El interés y cariño de Carmen Conde por Mistral se mantuvieron durante largos años: en 1970 publicó en EPESA un largo estudio con antología sobre ella. Poco antes, en 1967, había demostrado que su interés por la poesía femenina hispanoamericana no había disminuido con el tiempo publicando una extensa antología que tituló *Once grandes poetisas americanohispanas*. El prólogo que les dedica comienza diciendo: «si existe un asunto literario de verdadero interés para la poética femenina actual, es el que se refiere a la creación lírica de las mujeres americanohispanas»³.

2. ABRIENDO CAMINO

Esta misma falta de tradición es quizá una de las causas que les hace especialmente difícil encontrar editores para sus obras. Era este tema entonces (como ahora) difícil para todos, ya que la poesía no era negocio rentable. Pero aún resultaba más complicado para las mujeres.

³ Conde, 1967, p. 11.

En marzo del 28 Ernestina está buscando editor para su segundo libro, *Ahora*, y le comenta a Carmen:

Esta semana empezaré a pelear con mi libro. El editor que quiera poemas es un mirlo blanco y no he tenido la suerte de encontrarlo para los míos. Estoy resignada a gastarme mi modesta fortuna particular y Dios dirá luego para la otra fortuna (p. 64).

Esa «fortuna particular» a la que alude era el dinero que había ido ahorrando de las colaboraciones en los periódicos ya que, aunque pertenecía a una familia acomodada, sus padres tenían costumbre de pagar sus gastos, pero no de darle dinero de manera habitual.

Carmen le contesta que ella no tiene con qué pagar una edición, pero que le han prometido publicar su *Broca* sin invertir. Sin embargo, su gozo se viene abajo unos meses más tarde. El editor ya llevaba un tiempo dándole largas y al final le dice que no puede hacerse cargo del poemario:

Hoy ha llegado mi «ultimatum» literario. Ya no tengo libro. Insistí sobre el editor y me echó piropos (¡después de tantas promesas de lujo en la edición!). Comprendí que el libro no saldría nunca y lo he pedido; hoy he tenido el anuncio de su devolución. Me ha escrito extensamente siempre, hoy sólo me habla «de grandes quebrantos económicos de la casa». Te ofrezco esta correspondencia si no has visto nunca las cartas de un librero a un escritor pobre (p. 111).

Aunque Carmen está de acuerdo en que el problema es económico, en su carta se advierte una queja irónica: el trato que se le da en esta ocasión no corresponde a una correspondencia profesional sino a su condición femenina. Con un halago personal el editor pretende compensar a la autora por la falta de compromiso.

Ernestina se lamenta de la situación pero enseguida trata de buscar una salida. En una carta posterior le presenta a su amiga un panorama completo de lo que significaba editar en el Madrid de los años 20:

Giménez Caballero te editaría el libro costeándolo tú. A mí me propuso el siguiente negocio: publicar *Ahora* a mi costa (unas 500 pts.) en las ediciones de *La Gaceta*, dando además el 15% al periódico y el 55% a Calpe, por la administración. Tenía que vender 300 ejemplares para cubrir gastos y eso es... un sueño. Yo vendí de *En silencio* 66 ejemplares en dos años y eso que Calpe da a sus libros bastante publicidad, tiene el mejor escaparate de Madrid y anuncios en *El Sol*. De *Ahora* hasta hoy sólo han salido 25 y no espero vender muchos más. El radio de Sánchez Cuesta es sumamente reducido. También resulta más económico. Sólo le doy el 35%. La impresión del libro, 250 ejemplares, me costó 475 pts. La «Imprenta del Sur», de Málaga, donde se hacía *Litoral*, es muy buena y no gana, pero según J. R. tardan dos años por libro (p. 147).

Estos comentarios son un buen reflejo de la actitud de las dos poetisas, que del mismo modo que son exigentes en la perfección y la altura de su poesía, saben que para ganar un nombre y alcanzar prestigio también es necesario saber estar presentes en los medios de comunicación y difundir lo que hacen.

Tras recibir esa carta de Ernestina, que habla de cantidades imprescindibles, Carmen hace lo posible por conseguir dinero. Por sus comentarios podemos saber qué otras fuentes de recursos podían tener las mujeres con afán intelectual. Vemos que lo primero que intenta es presentarse a un concurso. Eran habituales en la época, y en concreto hay en esos momentos uno que solicita una publicación muy adecuada a su perfil: una antología de literatura española para niños. Carmen le pide a Juan Ramón, a través de su mujer, permiso para introducir sus poemas, y le comenta a Ernestina:

Quería de Zenobia sólo esto: que lograra de su marido el permiso para seleccionar algo suyo para un libro de lecturas infantiles que estoy haciendo con destino (te lo digo con rubor) a esos concursos de Madrid en los cuales hay un premio de 6.000 ptas... (p. 90).

A partir de aquí resulta también muy entretenido seguir los comentarios de Ernestina, que conoce bien los trasfondos de esos certámenes y decide emplearse a fondo para saber quiénes forman parte del jurado, si son afines a la nueva o a la antigua poesía, y si tiene algún modo de influir sobre ellos.

Al final, las dos conseguirán ver en letra impresa sus poemarios. También entonces saldrá a relucir de nuevo la mentalidad práctica y el convencimiento de Ernestina de la necesidad de darse a conocer. Le insiste a Carmen para que envíe ejemplares del libro a quienes le pueden hacer reseñas de modo que el libro tenga difusión:

Probablemente mañana quedará mi libro en la imprenta. ¿Qué sabes del tuyo? Me encantaría que salieran juntos. Supongo que tendrás una lista de críticos a quienes pueda interesar para enviarles ejemplares. Si quieres yo te daré nombres y señas de algunos amigos míos que seguramente se ocuparán con gusto de *Brocal* (p. 68).

3: LOS ESCRITORES

Estos factores de publicidad y mutuo apoyo fueron pieza clave en la época para la formación de lo que hoy solemos llamar la Generación del 27, dentro de la cual por aquellos años Ernestina se había ganado un cierto prestigio. En parte lo había conseguido gracias a Juan Ramón, que apreciaba su poesía y así se lo hacía saber a quienes se acercaban a él. En parte también por su propia poesía y por sus artículos de crítica. En este sentido se puede decir que había encontrado

un ambiente cultural en el que se la acepta, si no en igualdad de condiciones, al menos como voz autorizada. Del mismo modo que Carmen Conde es figura importante en el ambiente «moderno» de Cartagena, Ernestina llega a ser un nombre a tener en cuenta en la crítica de Madrid. Así, le dice en junio de 1928 a Carmen: «me han pedido una entrevista para *La Gaceta*. Arconada me enviará aquí las preguntas y a mi vuelta vendrá a hablar conmigo. Seré la primera de una serie que titula “el secreto de los poetas”» (p. 118). La entrevista se publicó el 15 de julio de 1928. Joy Landeira comenta con gracia la reacción celosa de García Lorca ante la deferencia de *La Gaceta Literaria* hacia la joven Ernestina:

El aparecer en *La Gaceta Literaria* no era poca cosa. Federico García Lorca, poeta ya bien conocido, sí reaccionó con un poco de celos reales o fingidos a la atención periodística que recibieron Champourcin y Mallo en una carta al periodista Melchor Fernández Almagro: «Creo que ya tú no me estimas. ¡Quién fuera Melgarejo! ¡Quién fuera Ernestina! ¡Quién fuera Maruja Mallo!»⁴.

Por esto, no es de extrañar que otros escritores también contaran con ella. Ernestina había publicado en el prestigioso periódico *La Época* unos «Escaparates de poesía de hoy». En la primera entrega incluyó a poetas que tenían ya cierto renombre: Juan Ramón, Salinas, Guillén y García Lorca. Poco tiempo después de su aparición, Ernestina le comenta a Carmen:

Mi última salida a pie fue el jueves a casa de Sánchez Cuesta; encontré a Guillén y los tres hablamos de ti. Del concurso no se sabe nada. Ya te he dicho que te he hecho recomendar a Méndez Casal pero con estos «clasicoides» hay pocas esperanzas. Guillén quiere que escriba otro «escaparate» poniendo en él a Gerardo Diego, Alexandre y Cernuda, tal vez me decida (p. 238).

En efecto, lo hizo. Escribió otro segundo escaparate con estos autores en el que también incluyó a Carmen Conde y Concha Méndez.

A lo largo del epistolario hay alusiones a varios poetas, pero por limitaciones de espacio sólo voy a citar algunas que se refieren a dos, Lorca y Alberti. Dejando de lado a Juan Ramón, el Poeta con mayúscula, son los que aparecen con más frecuencia, quizá por su vinculación con la Residencia de Estudiantes o por la amistad de ambos (a través de Buñuel) con Concha Méndez.

La opinión de Ernestina sobre los poemas de Lorca está muy condicionada por la opinión de Juan Ramón: «Los romances de García Lorca no me entusiasman. Pienso como J. R. que ese estilo fácil puede ser un juego o un descanso, pero nunca un ideal absoluto» (p. 64).

⁴ Landeira, 2005, pp. 105-106.

Sin embargo, tenemos muchos testimonios de la gracia de Lorca, que encandilaba a quien le oía hablar. Lo mismo le sucedió a Ernestina y así comenta la charla que el granadino dio en el Lyceum:

Lorca estuvo sencillamente magnífico, habló muy en poeta; fue una conferencia alta, elevadísima, de un lirismo delicioso. Según su teoría, la imaginación es la razón del poeta; ella construye y limita, *explica*, en cierto modo, lo que surge incomprensiblemente, por obra de la inspiración. Puso varios ejemplos de versos suyos. Este muchacho es quizás en conversación el más simpático de los escritores jóvenes. Mucho más que Alberti, sin duda; se da menos importancia que él, aunque prefiero la poesía del último (p. 275).

Esta última referencia, el hecho de preferir la poesía de Alberti, se debía entre otras cosas a que la poesía de Lorca sonaba entonces todavía demasiado popular, mientras que la de Alberti había dado un decidido giro hacia la vanguardia. En diciembre de 1928, Ernestina le comenta a Carmen:

Esta tarde Alberti recita las poesías de su nuevo libro *Sobre los Ángeles*, explicado por Pedro Salinas. Esto es en la Residencia, organizado por la «Sociedad de cursos y conferencias». Me acompaña a todas estas cosas Pilar Sotomayor. Hemos logrado ir sin «carabina» en plan de mujeres «emancipadas» (p. 255).

La crónica del recital no tiene desperdicio, no tanto por el tino crítico de Ernestina sino por el tono apasionado de la confidencia en la que se mezcla lo poético con lo personal:

Ayer salí tan impresionada de Alberti que las décimas subieron a 37,7. Es soberbio su nuevo libro. Sólo puedo compararlo, analogía muy lejana, con la Apocalipsis [*sic*]. Es una poesía honda, subterránea, de profundidades insospechadas. Gustó a muy pocos, claro. Decididamente es un muchacho guapo, Alberti. Tiene veinticinco años y... no los representa. Su metal de voz emociona. Si no se vistiera tan a lo «pollo bien».

Me gustó más su recital que la conferencia de García Lorca. Verás como *Marinero en tierra* no hacía presumir que ese poeta andaluz y popular nos resultaría un místico (p. 256).

Alberti fue también el protagonista de un suceso que dio mucho que hablar ese año de 1929 en el Lyceum Club Femenino, el lugar de reunión de las mujeres con inquietudes culturales. Desde la sección de literatura de dicho Lyceum, cuya secretaria era Ernestina, le invitaron a dar una conferencia. Alberti, que estaba en su momento más revolucionario, presentó ante el público allí presente, formado en su inmensa mayoría por mujeres de conocidos intelectuales, la famosa conferencia *Palomita y galápago (no más artríticos)*. Ernestina relata el hecho de la siguiente manera:

El Domingo, gran escándalo en el Lyceum. Alberti dio una conferencia estilo futurista metiéndose con algunos escritores cuyas señoras estaban presentes. Estas damas tomaron la broma por lo trágico: silbaron, patearon y le insultaron. ¡Querían asaltarle! Y todo terminó pidiendo un voto de censura para la sección literaria. Yo (que la represento ahora, Pilar está en Barcelona) estoy divertidísima, claro, y dispuesta a dimitir si se ponen tontas (p. 329).

Al mes siguiente todavía comenta:

Hoy compré *La Gaceta*; el asunto de la *conferencia Alberti* sigue ocupando la imprenta. Te enviaré el número para que leas las declaraciones del joven vanguardista ¡y las mías! Hay conferencia para rato... (p. 335).

Y en enero del 30:

Los jóvenes vanguardistas andan revueltísimos. Alberti mandó a la *R. de O.* una comedia de «clave» en la que sale a relucir Vela limpiándole las botas a Ortega, las duquesas haciéndole la corte, etc...

Además los estudiantes, en un plan albertiano, han hecho de él un ídolo. No paran de alborotar aunque la Prensa se lo calle. ¡Viva la Revolución! ¿No te parece magnífico? (p. 345).

4. LAS ACTIVIDADES ARTÍSTICAS E INTELLECTUALES

La imagen que este acontecimiento nos brinda hoy del Lyceum no es de la más rabiosa modernidad. Alberti consiguió escandalizar a las señoras del Lyceum, pero esa institución acogía no solamente a las ilustres consortes (María de Maeztu, Zenobia Camprubí, Pilar Valderrama, María de la O Lejárraga [más conocida como María Martínez Sierra]), sino también a gente como Ernestina, jóvenes que encontraban en esta institución el único lugar de encuentro al que podían acudir libremente, sin necesidad de que nadie les acompañara. Tenía el Lyceum una sala donde tomar café, una biblioteca, una sala de conferencias... Todo esto en la época era revolucionario. Ernestina comenta varias veces cómo a su alrededor todo el mundo le previene contra los males de la institución, y cómo Juan Ramón se enfada cada vez que oye hablar de ella. A principios de 1929, Carmen está planeando un viaje a Madrid y Ernestina le dice que podrán quedar allí haciéndose eco de alguna de estas maledicencias:

También el salón del «Lyceum» es muy acogedor. ¡Si está abierto para entonces!... porque la persecución arrecia de lo lindo. Ahora dicen que tenemos un fumadero de opio. Lo malo es que las de dentro trabajan inconscientemente por el fin del club. Faltan muchachas activas y animadas, en vez de las viejas que se pasan el día poniendo defectos... son una plaga (p. 271).

Realmente, en sus escasos diez años de vida, el Lyceum tuvo un amplio programa de actividades: conferencias, recitales, conciertos, exposiciones... También sirvió para que pudieran conocerse e intimar las mujeres con inquietudes similares, que podían ir así juntas a otros lugares sin tener que necesitar terceras personas. Esta necesidad de «carabina», que le imponía su familia, llega a ser una pesadilla para Ernestina. Desde La Granja le comenta un día a Carmen: «Si no fuera por ver a mi hermana, preferiría permanecer aquí todo el invierno. ¿Sabes lo que me aterra? Tener que salir de nuevo con señora de compañía. ¡De esa lata, *no sabes nada* tú!» (p. 196). De todas formas, como hemos visto, gracias a Pilar Valderrama, a sus hermanas y otras amigas, Ernestina consigue acudir a los actos que le interesan. Al menos ella, al vivir en Madrid, tiene acceso a muchos actos culturales que apenas existen en Cartagena.

Así como Ernestina se ve condicionada por las convenciones de su ambiente social, otras mujeres del momento, como Concha Méndez, apostaron por involucrarse en el mundo cultural sin preocuparse de lo que los otros pudieran pensar. Cuando le relata Ernestina a Carmen el «Torneo poético femenino» del Lyceum citado más arriba, comenta:

De Concha Méndez Cuesta, ágil, viva, decidida, la más acabadamente «moderna» de todas, [Rivas Cherif] leyó varios poemas entresacados de su último libro *Surtidor*. En ellos habla de sport, aviones, mar y un poquito, poquísimo, de sus propios sentimientos. Veo algunas veces a esta muchacha en el Lyceum, me gusta charlar con ella, pero no tenemos gran amistad. Su actividad se dirige ahora al cine y al teatro. Tiene en preparación una comedia y un *Diario íntimo* en prosa (p. 84).

Carmen se queda impresionada por esta descripción y le pide a Ernestina que le dé más detalles. Ésta le contesta que Concha «hace vida de escritor-hombre. Va a tertulias, cafés, etc.» (p. 195) y que «hace versos como juega al tenis o gana campeonatos de natación. Su familia le ha prohibido escribir y en vista de eso quiere marcharse fuera, se irá a Londres probablemente. Ahora la veo bastante en el Lyceum; es la única persona activa de nuestra sección» (p. 247). A principios de 1929, Concha se marcha de su casa rumbo a Londres, donde estaban entonces los mayores estudios de cine europeos:

¡Concha Méndez se fue! Ayer recibí una postal suya de Bilbao, a punto de embarcar. Está loca, radiante; y eso que llegará a Londres con 50 ptas. en el bolsillo (p. 265).

Y más adelante:

Concha Méndez se fue sola, pero va a vivir con César Falcón y su mujer. Estará empleada en una oficina y luego buscará lecciones de español. Además llega en buen momento para introducirse en el cine. Inglaterra se dispone a luchar con América en este terreno. Los amigos de Concha se dividen en dos bandos. Unos

encantados de su arranque; otros creen que volverá pronto desilusionada. Lo sentiría, porque en su casa ya no la querrían recibir. Sus continuos disgustos con la familia han sido la verdadera causa de su *fuga*. Llegará a Londres con 50 ptas. Es muy valiente y en el fondo de una gran ingenuidad. Tiene muy poca cultura, la que ella se ha hecho leyendo. Sus padres son ricos pero ordinarios. Su afán de saber y realizarse no podía cuajar *ahí* (p. 266).

Las audaces correrías de Concha Méndez eran un caso muy excepcional. Las actividades artísticas e intelectuales que ocupaban la vida de las mujeres inquietas eran, por lo general, más tradicionales. Según podemos ver en las cartas, uno de los entretenimientos más habituales de la época —y en este sentido no parece haber gran diferencia entre Cartagena y Madrid— eran los conciertos. Se interpretaban en aquellos años sobre todo obras clásicas y románticas: los autores de moda era Haydn, Chopin, Wagner y Debussy. Entre los contemporáneos el maestro era Falla y los jóvenes más interpretados Halffter y Esplá. Además, por entonces los músicos compartían inquietudes y lugares de reunión con los literatos, por lo que de vez en cuando también aparecen nombrados en el epistolario.

Otros lugares clásicos de encuentro de la juventud eran los teatros, aunque ni Ernestina ni Carmen los citan con frecuencia. Nombran obras de Bernard Shaw y Giraudoux, pero aluden más a las representaciones de pequeños grupos, como las que organiza el Lyceum (en las que Ernestina colaboró alguna vez) o las que dirige Cipriano Rivas Cherif con su compañía «El Caracol».

De lo que sí hablan con entusiasmo es de los recitales de poesía. Existían los que se hacían junto a la presentación de un nuevo poemario, como acabamos de leer a propósito de *Sobre los ángeles* de Alberti. O los recitales entre autores jóvenes, como el «Torneo literario femenino» programado por el Lyceum, en el que Rivas Cherif se encargó de dar voz a los poemas de las poetisas que participaron. Especial relevancia tenían los grandes recitales en los teatros. En el epistolario aparece en muchas ocasiones la figura de la célebre recitadora argentina de origen ruso Berta Singermann, quien se hizo famosa recitando a Juan Ramón Jiménez —y más tarde a García Lorca, Neruda y otros autores— en los principales escenarios españoles e hispanoamericanos:

La Singermann está aquí. ¿Por qué no intentas que vaya a Cartagena? Recita *Platero* en todos sus programas. Quizás voy a oírla el lunes. El «Poeta» está indignado, claro. ¡Como lo recita sin autorización suya! (p. 268).

Y más adelante: «Hoy sale para Barcelona, vuelve aquí, luego a Valencia y después al Norte. Es encantadora de cerca, deliciosamente fina y elegante» (p. 270).

Junto a estos actos culturales clásicos estaban las expresiones «modernas» de arte, entre las que el cine ocupaba el lugar principal. En agosto del 28, desde La

Granja, Ernestina le cuenta a Carmen que le gusta mucho el cine y cómo ha empezado a entenderlo hace muy poco tiempo:

Voy al cine jueves y domingos (son los días que lo hay aquí); no dan malas películas, esta noche veré *Casanova*, 2.ª jornada; aquí todavía son aficionados a las cosas por entregas. Es el único sitio donde veo a la «colonia». No he pisado aún el «club». ¿Conoces *Amanecer*? Es el film más sumamente poético que he visto. Me divierto en el cine como una chiquilla; mi afición es nuevita, de un año. Antes no quería ir nunca. No «sabía verlo» (p. 164).

También a Carmen le fascina este nuevo arte y prepara reseñas de las películas, que Ernestina le anima a publicar en *La Gaceta* o *La Pantalla*, semanario dedicado exclusivamente al cine que se publicó entre 1927 y 1929. Hay varias referencias a películas a lo largo de la correspondencia. Cubren éstas un abanico muy amplio, desde las de entretenimiento, como *Casanova*, pasando por el cine poético vanguardista de *L'Étoile de mer* (de Man Ray y Robert Desnos) o *Un chien andalou* (de Buñuel), hasta llegar a proyecciones de carácter más documental (*La Zone*, de Georges Lacombe). Ernestina y sus hermanos fueron, a principios de octubre del 28, de los primeros asociados en el Cine Club de *La Gaceta Literaria*, y tanto les apasionaba que Ernestina animó a Carmen a montar en Cartagena una sucursal del Cine Club, iniciativa que ya había tenido éxito en varias capitales de provincia.

Otro lugar en el que cabía la expresión de la modernidad era la pintura. Ernestina alude en 1928 a la celebración del centenario de Goya que, como suele ser habitual en este tipo de conmemoraciones, estuvo acompañado de distintos festejos:

El centenario de Goya llueve sobre nosotros una larga serie de homenajes y conferencias. Lo más interesante son dos magníficas exposiciones; una en el museo del Prado y otra en «Los Amigos del Arte», ¿te interesa la pintura? A mí mucho, aunque no entiendo gran cosa. Tengo una amiga pintora, Pilar Sotomayor, hija del artista que dirige el museo del Prado y voy con ella a todos esos sitios (p. 71).

Pero lo que verdaderamente atraía a las jóvenes eran las exposiciones vanguardistas, que contaban además con el aliciente de contar con Maruja Mallo, una mujer que se estaba abriendo camino en la pintura al mismo tiempo que ellas lo hacían con la poesía. Así se ve en este fragmento, en el que Ernestina responde a una pregunta que Carmen le ha hecho, una vez que ya tienen confianza, sobre sus ocupaciones habituales («¿Qué haces tú por las mañanas?»):

Yo por las mañanas escribo o leo; salgo también algunas veces, las menos. La librería suele ser mi paseo favorito. Dentro de un rato voy a la exposición de Maruja Mallo, que se inaugura a las once. Es una pintora muy joven, diecinueve

años, y sumamente original. ¿No has visto fotografías de sus cuadros en *Papel de Aleluyas*? Es quizás la más nueva entre todos nuestros pintores (p. 94)⁵.

5. LAS PUBLICACIONES LITERARIAS

Como vemos, Ernestina también dedica mucho tiempo a leer. Parte importante de sus lecturas son libros de poesía y teoría de la literatura. Lee todo lo que publican sus contemporáneos, muy especialmente Juan Ramón y los que hoy llamamos poetas del 27. Además, Juan Ramón le transmite a Ernestina su interés por las ideas que habían ido conformando su propia escritura, lo que en aquellos años se llamó la «poesía pura». De manera especial, los místicos castellanos (que ambas leían frecuentemente desde su juventud), los simbolistas franceses y las teorías de Brémond:

Soy asidua lectora de nuestros místicos. Encuentro su psicología relacionadísima con la de los poetas. Henri Brémond demuestra esta afinidad en sus magníficos libros *La Poésie Pure* y *Prière et Poésie*. ¿Los conoce usted? El tema me interesa tanto que los releo siempre y lo comenté el año pasado en algún artículo (p. 61).

Carmen nunca había oído todavía hablar de Brémond ni de los simbolistas franceses. Así que Ernestina le explica que Mallarmé «realiza plenamente el ideal de la poesía pura» (p. 69), que Rimbaud es «uno de los creadores del poema en prosa moderno» y que Baudelaire es «el mejor de los poetas franceses según J. R.» (p. 73).

Dentro del ámbito francés Ernestina admiraba también enormemente a Proust, sobre quien había hablado con frecuencia con Huberto Pérez de la Ossa. Le llama sobre todo la atención su manera de adentrarse en el interior de la psicología

⁵ La respuesta va más allá de la pintura: unida a otros testimonios nos da una idea de lo que era la vida de una mujer de la aristocracia madrileña de aquellos años. Ernestina se queja en otras cartas de la pérdida de tiempo que le supone atender a familiares y amigos de la casa cuando la relación con ellos es superficial y no tienen intereses en común. Considera que todo su horizonte se reduce a escuchar y bailar charleston y a jugar al mah-jong (juego de mesa muy de moda en esos años, que ejemplifica para ella la ocupación por antonomasia de quien no tienen nada que hacer). También se podría hablar mucho de las temporadas en los balnearios, las excursiones al campo, etc. En este contexto cultural, me parece interesante destacar cómo les atraían a ambas las salidas en automóvil, otro símbolo inequívoco de «modernidad». Tanto Ernestina como Carmen hablan con gran emoción de la pasión de la velocidad y de los lugares que conocen en sus paseos en coche. Ernestina utilizará imágenes relacionadas con los automóviles en muchos de sus poemas vanguardistas.

humana. Asimismo aparece en las cartas algún comentario sobre los surrealistas franceses, a quienes aprecia por algunos hallazgos líricos y por el hecho de haber formado la única vanguardia que todavía perduraba por entonces.

Pero sus referencias se amplían además a otros países. Algunas de ellas llegan también a través de Juan Ramón, como Tagore, quien según Ernestina influyó mucho en Carmen Conde (cfr. p. 185). Otras se alejan aparentemente del ámbito de la poesía pura para entrar en la novela y entroncar con la otra corriente que en esos años estaba empezando a «contaminar» el mundo poético español: la del compromiso político.

Carmen es la primera en hablar de estas obras en sus cartas. Le pregunta a Ernestina si ha leído *Sachka Yegulev* «y todos los libros rusos, avant y post-revolucionarios» (p. 77). Ernestina le responde expresando su admiración por la obra de Andreiev y de los rusos en general⁶. Junto a los de Andreiev aparecen otros libros «rusos revolucionarios», que dan lugar a afirmaciones como la siguiente de Ernestina:

He leído *El Cemento* de Fedor Gladkov, una novela soberbia; se siente una comunista al terminarla, es irremediable. Pienso comprarla y entonces te la mandaré (p. 292).

Como sucede en este caso, las pocas veces que aparecen en el epistolario afirmaciones de tipo político, filosófico o ideológico, suelen estar dentro de un contexto literario que tiene mucho de estético. Poco a poco ambas se irán involucrando cada vez más en la vida social; Carmen Conde con la fundación, junto a Antonio Oliver, de la Universidad Popular de Cartagena, y Ernestina a través de su relación con Juan José Domenchina, secretario personal de Azaña. Aunque durante los años de este epistolario no es un tema principal, sus simpatías republicanas son inequívocas, y sí aparecen algunas referencias a los acontecimientos que les rodean: nombran a dirigentes o ministros en cuanto que forman parte de la actualidad, manifiestan su simpatía o antipatía y toman posición ante las distintas opciones políticas. Pero apenas argumentan esas decisiones (como sí hacen, por ejemplo, con sus preferencias literarias o artísticas en general). De hecho, no es raro que estas alusiones estén rodeadas de chismes. Así, por ejemplo, cuando Ernestina comenta con Carmen sus impresiones sobre Primo de Rivera:

⁶ *Sachka Yegulev* fue un libro conocidísimo durante los años 20 y 30: Neruda, por ejemplo, lo consideró mucho tiempo su libro favorito y lo recomendaba a todas sus amistades. Él lo había conocido gracias a Gabriela Mistral. También otros escritores como Rulfo o Uslar Pietri (y estamos hablando de Chile, México y Venezuela) leyeron esta obra durante los años 30.

¿Quieres que conspiremos las dos? Yo detesto también a Primo de Rivera. Conozco a su ex-novia, es semiparienta nuestra pero apenas la tratamos. Dicen que es inteligente. ¿No se le ha notado verdad? Ahora está en un convento de Loyola, consolándose de sus desengaños.

¡Si me llega a coger esta mañana un policía secreto de los que andan con el Príncipe! Entre tus cartas y Unamuno me llevan a la cárcel. ¡Qué bien! (p. 160).

Junto a estos, aparecen citados en el epistolario otro tipo de libros cuyo carácter revolucionario o provocador era de orden más intelectual. Así se leían entonces los libros de Gide, Freud o Jules Romains. También algunos autores españoles, como Unamuno o Pérez de Ayala, entraban en esta categoría.

Con mucha más frecuencia, sin embargo, citan ambas escritoras a autores contemporáneos que tienen un fuerte estilo poético, como Miró o Azorín. También en lo que se refiere a novela están atentas a las novedades de ultramar: «Estoy emocionada con una magnífica novela criolla de Ricardo Güiraldes, es estupenda y sencillísima. Se titula *Don Segundo Sombra*» (p. 200).

No está de más señalar que frente a la modernidad de las obras que cita Ernestina, Carmen sólo puede ofrecer libros antiguos, que son los que puede encontrar en Cartagena:

Cuando vuelvas a Madrid, sí, préstame libros: a tu gusto los dejo. Me harás un gran favor porque no puedo comprar ahora, y he de necesitarlos en el campo.

Si quieres clásicos te mandaré *El escudero Marcos de Obregón*, *Don Juan*, de Lord Byron, *Romancero del Cid*; ¿conoces a la inglesa Clemencia Dane? Si quieres que te mande una obra suya, *La leyenda de Madala Grey*, te la mandaré (p. 126).

Dentro de este panorama cultural que estoy tratando de dibujar, considero que es importante reseñar otro ámbito, el de las revistas literarias. Estas revistas se convirtieron en los años 20 en el principal órgano de difusión y discusión de las novedades y teorías poéticas nacionales e internacionales. Cada grupo de escritores con algún rasgo en común (procedencia geográfica, interés por un determinado modo de escribir, etc.) lanzaba su propia publicación periódica.

En la segunda carta que Ernestina le escribe a Carmen, ya le pregunta por los periódicos a los que puede tener acceso en Cartagena:

¿Llega a Cartagena la *Gaceta literaria*? Es el único órgano de los escritores modernos aquí. Si no la conoce yo le mandaré algunos números. Una publicación bastante espléndida mensual es *Revista de Occidente*. Esta y *les Nouvelles Littéraires* francesas son mis periódicos favoritos (p. 60).

La Gaceta Literaria era, sin duda, una de las más prestigiosas publicaciones de la época. Había comenzado a publicarla pocos meses antes Ernesto Giménez Caballero, que tuvo a Guillermo de Torre como secretario y más adelante

(cuando este se casó con Norah Borges y se marchó a vivir a Argentina) a César M. Arconada. Sus redactores fijos eran los valores en alza en la literatura del momento: Benjamín Jarnés, Juan Chabás, Antonio Espina... Pero no sólo ellos. Había también firmas consagradas, tanto europeas como hispanoamericanas: Unamuno, Baroja, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Marañón, Borges, Huidobro, Neruda, Marinetti, Curtius y un largo etcétera. Era una revista fundamentalmente literaria, pero daba noticia de cualquier evento cultural de importancia e impulsó actividades como homenajes, exposiciones o un cineclub.

Carmen conocía *La Gaceta Literaria*, ya que en esas fechas Juan Guerrero había propuesto a su novio, Antonio Oliver, dirigir la sede de Cartagena de la revista *Verso y Prosa*, por lo cual ambos estaban muy al día en lo que a estas publicaciones se refiere. A pesar de ser, como tantas de la época, una revista efímera (llegaron a ver la luz sólo doce números entre 1927 y 1928), su calidad literaria fue muy alta: colaboraron en ella autores como Machado, Juan Ramón Jiménez, Aleixandre, García Lorca, Alberti, Cernuda, Baroja, Azorín o Jarnés. No es menos significativa la presencia de ilustradores de la talla de Picasso, Dalí, Maruja Mallo o Ramón Gaya.

La otra revista que Ernestina considera fundamental es la *Revista de Occidente*, nacida en 1923. Ésta tenía un carácter distinto, ya que no era literaria sino de pensamiento. Dirigida por Ortega y Gasset, fue el referente intelectual de una gran parte de la juventud inquieta del momento: su mención continua en el epistolario es señal de los derroteros por los que se mueven las ideas tanto de Ernestina como de Carmen. Algo parecido sucede con algunos de los periódicos de los que hablan, como *La libertad* o *El Sol*. El 28 de julio le comenta Ernestina a Carmen que apenas lee periódicos porque «en mi casa sólo reciben el *ABC*. ¡Son tan “conservadores”! Yo compro *El Sol* para mí, algunas veces...» (p. 145).

Es llamativo ver cómo en el epistolario no sólo nombran las revistas más conocidas y de indudable prestigio, sino que también se multiplican las referencias a publicaciones que por ser locales tenían que ser más difíciles de localizar. Así, por ejemplo, en marzo del 28 Carmen comenta:

Hemos recibido *Gallo*, la revista que F. G.^a Lorca acaba de lanzar. No nos ha satisfecho completamente el número 1.º; ya veremos después.

Supongo le mandarás versos tuyos a Juan Guerrero para *Verso y prosa*; a ver si también coincidimos publicando juntas. Él tiene poemas míos. En el último n.º de *Mediodía* (Sevilla) he publicado una cosita, «Atlas», que no me gusta: la encuentro fría, excesivamente literaria (p. 65).

Por su parte, Ernestina en sus estancias veraniegas en La Granja se pone en contacto con los editores de la castellana *Manantial*. También comentan ambas escritoras versos aparecidos en *Carmen* o *Lola*, las efímeras y simpáticas revistas

de Gerardo Diego. Lógicamente, las dos comparten impresiones muy positivas de *Litoral*, la revista que impulsaron en Málaga Emilio Prados y, sobre todo, Manuel Altolaguirre.

Debemos de manera particular a Carmen la mención de revistas extranjeras, como *Sagitario* (importante y poco conocida revista vanguardista mexicana), en la que publicó algún poema, y la *Revista de Avance* cubana, medio de expresión de la juventud poética del momento en aquel país, a la que ambas poetisas enviaron versos suyos.

Prácticamente todas las revistas de las que habla Carmen son de carácter específicamente literario, y en ocasiones exclusivamente de poesía. Sin embargo, Ernestina nombra también muchas otras publicaciones, en su mayoría semanarios gráficos, divulgativos y completamente heterogéneos, en los que aparecían desde noticias políticas o militares a información sobre deportes, cultura, literatura y ecos de sociedad. Entre estas están las del grupo de *Prensa Gráfica*, como *La Esfera* o *Nuevo Mundo*, y otras como *Estampa* o *Papel de aleluyas* (Huelva-Sevilla) de corte mucho más moderno. La mayoría de estas publicaciones desaparecieron, si no con la República, durante la guerra.

A lo largo de este epistolario aparecen muchos otros temas, y cada uno de los aquí citados permitiría extenderse mucho más. El tema principal de la mayoría de las cartas, que aquí no he mencionado, es la poesía, que comentan desde el punto de vista de la teoría y de la que hacen constantes ejercicios de crítica. También hay muchos fragmentos de las cartas que son propiamente líricos, pequeños poemas en prosa. Aquí sólo he querido destacar los datos que las cartas de estas jóvenes escritoras nos aportan del ambiente en el que vivían. Quizá no añadan demasiado a lo que ya conocemos de la época, pero la gracia y la frescura de la confianza y la contemporaneidad de las cartas con los acontecimientos que cuentan hacen que ese mundo cultural de los años 20 se haga vida ante nuestros ojos.

BIBLIOGRAFÍA

- Conde, C., *Once grandes poetisas americanas hispanas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1967.
- Fernández Urtasun, R., ed., *Ernestina de Champourcin-Carmen Conde. Epistolario (1927-1995)*, Madrid, Castalia, 2007.
- Landeira, J., *Ernestina de Champourcin, vida y literatura*, Ferrol, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, 2005.

Maurer, Ch., «Más allá de Eco y Narciso: J. R. J. y Jorge Guillén», en *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, ed. F. Díez de Revenga y M. de Paco, Murcia, Cajamurcia, 1994, pp. 207-223.